

GENTE VIEJA

ECOS DEL SIGLO PASADO

Número atrasado, 50 céntimos.

Paquete de 25 ejemplares, 2,50 pesetas.



EL CONCURSO DE "GENTE VIEJA,"

BASES

1.^a Deseando la modestísima empresa de este decenario dar todo el interés posible á su publicación, abre un concurso durante los meses de Enero y Febrero de 1902 para premiar un trabajo en prosa, de autor español, inédito, original, y cuya extensión no exceda de tres columnas de nuestro periódico.

2.^a Estos trabajos tendrán necesariamente por asunto el siguiente tema: ¿QUÉ ES EL MODERNISMO Y QUÉ SIGNIFICA COMO ESCUELA DENTRO DEL ARTE EN GENERAL Y DE LA LITERATURA EN PARTICULAR?

3.^a El concurso, que queda desde luego abierto desde esta fecha, se cerrará el día 10 de Marzo de 1902, á las doce de su mañana.

4.^a Los trabajos se entregarán en la redacción de GENTE VIEJA, calle de Recoletos, núm. 10, Madrid, de once á una del día. También se pueden dirigir por correo certificados al Director de GENTE VIEJA. En todo caso al recibirlos se entregará ó remitirá el documento que lo acredite.

5.^a Los trabajos se entregarán en paquete cerrado y con un lema, y á la vez, bajo sobre, con el lema lacrado, se entregará el nombre y domicilio del concursante.

6.^a Formarán el Jurado calificador los Sres. D. Manuel del Palacio, D. Benito Pérez Galdós y D. Jacinto Benavente.

7.^a El premio consistirá en DOSCIENTAS CINCUENTA PESETAS, que se entregarán al autor del artículo que designe el Jurado.

8.^a El artículo que obtenga la preferencia del Jurado se publicará en el número del día 30 de Marzo de 1902.

9.^a Los trabajos no premiados podrán ser recogidos por sus autores hasta el 10 de Abril de 1902.

Madrid 10 de Enero 1902.

Advertencia.

Todos los corresponsales que no tienen liquidada su cuenta se servirán hacerlo en breve plazo si no quieren sufrir interrupción en el envío del paquete. Los señores suscriptores que están en descubierto se servirán también remitir el importe de su atraso si han de seguir recibiendo este periódico.

La información de GENTE VIEJA

Juro por Achotthas que no vuelvo á establecer comercio espiritual con ningún *ingenio*, por preclaro que sea, ni á escribir en colaboración en periódico alguno, siquiera éste sea tan vetusto como GENTE VIEJA.

Un cierto *Gerardo Rodrigo*, que aunque es de principios del pasado siglo, á mi lado resulta un *bebé*, me enamoró por su gracia, su saber y su estilo, y más aún por su modestia; y como no había quien le hiciera escribir bajo su firma, hemos perpetrado algunas informaciones, hasta que hoy mis ruegos le deciden á firmar; y pronto los lectores de GENTE VIEJA apreciarán el aticismo y el bien decir de *Gerardo Rodrigo*.

Conste, que cuanto digno de alabanza haya aparecido en estas crónicas es de D. *Gerardo*, y que la broza pertenece á *Cagliostro*, que en lo sucesivo escribirá siempre solito.

La mayor parte de los que escribimos hacemos literatura social, es decir, que las observaciones y los estudios se dirigen al hombre en sociedad, pero no á investigar el origen de las costumbres y de lo pasional.

Hay, como dice un autor contemporáneo, una ciencia que podría llamarse la nueva ciencia del carácter, y en este género de trabajos se han distinguido mucho Paulham, Wundt, Lotze, Locke y hasta Helvecio.

Gerardo Rodrigo ha cultivado y cultiva también estos estudios, porque no es mi ilustre colaborador de los que todavía creen, como en el siglo XVIII, que la humanidad es semejante en su estado natural, y que sólo los hombres llegan á diferenciarse por el medio en que viven; es un psicólogo, un poeta, aunque con amarguras que hacen recordar á Schopenhauer; y como hoy estoy para decir verdades, diré también que *Gerardo Rodrigo* se parece bastante á un cierto D. Félix Díaz Gallo, que en el siglo XIX escribió una comedia del siglo XVII, titulada *NO ES BIEN AMAR POR PODER*, de la que van algunos fragmentos en este número y de la que se ocupó D. Aureliano Fernández Guerra en un cablegrama que nos mandó por el hilo de Mariano de Cavia.

Y vamos á la información.

Ni el problema clerical, ni el obrero, ni el catalanista, ni la mayoría del Rey, ni las conjeturas, ni aun lo que piensan Maura, Montero, Weyler, Romero Robledo, López Domínguez y otros conspicuos, preocupan la opinión y la prensa. Hoy la actualidad, la primera, es discutir si las señoras deben ó no asistir con sombrero al teatro; y en segundo termino, saber si en el ESPAÑOL pueden ó no darse traducciones ó todo ha de ser original y clásico. Y como cuando el público, con razón ó sin ella, está preocupado por el *do* del tenor, la estocada del torero ó el matrimonio de las jóvenes de la Coruña, es inútil hablarle de problemas políticos, filosóficos ni sociales; estas informaciones tienen que recoger la nota de la calle, que es la que al público interesa: y basta de materia periodística.

No he de dar yo lugar á que puedan decirme, los que conmigo se enemistan: *Multorum inimicitias suscepisti, subiisti; multorum in te odia concitasti; incendisti, in multorum simulatas et odia incurristi, venisti*, que de todas estas maneras lo sé decir, en latín y todo.

Si no fuera por estos resquemores, ocuparía parte de esta crónica hablando á ustedes de un curioso libro intitulado:

«COMPENDIO DE LOS SUCESSOS DE EL REYNADO

DE

LUIS XIV. EL GRANDE,
REY DE FRANCIA,

QUE CON TITULO DE FASTOS,

ó Diario Histórico, compuso en Idioma Francés el Cèlebre Escripitor,

EL P. GABRIEL DANIEL

de la Compañía de Jesus, traducido en Castellano y dedicado

A LA MAJESTAD DE EL SEÑOR

DON FELIPE V.

REY DE ESPAÑA,

POR RAYMUNDO FERRUS,

fu Librero en Sevilla, é Impreffo á fu costa.

PRIMERA PARTE

CON PRIVILEGIO

En Sevilla, en la Imprenta de Juan Francisco Blás de Quefada, Impreffor mayor de dicha Ciudad."

que en estos momentos me cautiva el ánimo, cuyo estudio podría llevarme á la Academia de la Historia y dar margen á sendos y sabrosos trozos de prosa castellana, con ocasión de la Historia de Francia.

Pero como al hablar de estas cosas tendría que principiar estudiando qué son las pueblos bárbaros, temo á las alusiones, y por esta razón diré, en francés, con objeto de que lo entiendan el menor número posible de españoles, y lo diré con un gran historiador, cuyo nombre dejo á los sabios que me citen, para que se tomen como yo el trabajo de buscarlo, que *un peuple barbare est un peuple qui ne sait pas bien travailler la terre ni les métaux, qui n'a point d'écoles et qui est très ignorant. Chez un peuple barbare, les hommes ne savent ni bien se nourrir, ni bien se vêtir, ni bien se loger; ils sont toujours en querelle les uns avec les autres, et le plus fort maltraite le plus faible, car la justice n'est pas bien rendue.*

Convengamos en que la definicioncilla es de mano maestra, y en que casi podría sostenerse que todavía existen pueblos bárbaros.

Aparte de la cuestión de los sombreros y la del *Cyrano*, lo que aquí priva es la cuestión social, y sobre esto, y para terminar, he de decir dos palabritas, reproduciendo en parte teorías que ya he afirmado alguna vez, y que demuestran lo avanzado que soy, á pesar de los siglos que llevo de existencia.

Cuando pienso que la humanidad ha estado tan atrasada, que ha habido una época en que se ha ocupado de los *deberes* del hombre, me estremezco al considerar que nuestros progenitores han podido vivir sin tener ideas fijas de la verdadera misión del individuo.

El hombre nace sin saber más que llorar, presagio

EI INVIERNO EN LA ALDEA

(Conclusión).¹

No se oyen por las calles silenciosas
las rondas bulliciosas
que cantan en las noches del verano,
ni se ve mal cerrada alguna puerta,
ni una ventana abierta
por la que asome el rostro un sér humano.

En los hogares de la pobre aldea,
cruje y chisporrotea
el seco tronco de la añosa encina,
y en honesto solaz, la gente honrada
pasando la velada
se congrega en la rústica cocina.

La caldera, pendiente de las llaves,
con los varios manjares
con que se mira hasta los bordes llena,
al calor que la prestan los tizones,
cociendo á borbotones
va preparando la abundante cena.

Los muchachos, siguiendo la costumbre,
en torno de la lumbre
se entretienen asando las castañas,
y escuchan, más atentos que en la escuela,
los cuentos que la abuela
les refiere, forjados con patrañas.

Y las madres prosiguen las labores
que en días anteriores
tuvieron que dejar interrumpidas,
á la luz del candil, que arde y humea
junto á la chimenea
donde están las mujeres reunidas.

Los labriegos que ocupan el escaño
auguran mal del año
porque tardía fué la sementera,
y alguno que presume de entendido,
juzga el campo perdido
si no viene la lluvia en primavera.

En un rincón sentados, los quinteros
componen los aperos
que á otro día usarán en la labranza,
y en opuesto rincón, la gente moza
bromea y se alborozaba
gozando los placeres de la holganza.

Pero de pronto en la sagrada ermita
el esquilón se agita
y el toque de las ánimas resuena,
y entonces, recordando sus difuntos,
entonan todos juntos
una plegaria por el alma en pena.

Y esta es ya la señal de la partida;
la gente adormecida
al oír la oración se despereza,
y cuando acaban las cristianas preces
lo mismo que otras veces
en el portal la despedida empieza.

Los hombres en sus capas se arrebujañ,
y á la par se tapujan
las mujeres cogiendo sus mantones,
y al salir á la calle, que está á oscuras,
las pobres criaturas
marchan dando traspiés y tropezones.

1 Por un error de ajuste se partió esta hermosísima composición, no publicando en el número anterior más que algunas estrofas del poema. Cuantos tienen costumbre de leer al inspirado poeta D. Santiago Iglesias, comprenderían que no podía terminar su poema en el número anterior.

triste del porvenir que en el mundo le aguarda; no tiene la ligereza del gamo, ni la fuerza del mulo, ni los elementos de defensa de otros animales; no sabe ni aun buscar el pecho materno; necesita todos los cuidados de familia; y á pesar de esto, no llegan á siete años ni la mitad de los nacidos. Así, pues, desde la cuna adquiere obligaciones con la familia que le cría, con la sociedad que alimenta la familia: una sociedad le da el sér, el matrimonio; en otra sociedad crece, se desenvuelve y gira, el mundo, y hasta en el borde del sepulcro necesita una mano amiga que cierre sus ojos y eleve á Dios una plegaria por el eterno descanso de su alma.

Esto le ocurría al hombre cuando era sólo hombre; pero desde que es ciudadano, sus condiciones han variado: aquello de que los derechos y las obligaciones son siempre recíprocos, es un absurdo de la antigua escuela; tan absurdo, por lo menos, como la doctrina que sostiene la legitimidad de la propiedad adquirida y heredada; el hombre desde que nace es autónomo; hijo del amor libre y criado por el Municipio libre, dentro de la confederación, libre también; no necesita los cuidados de la familia, ni por consiguiente se crea deberes con la sociedad. Nace; este es un derecho natural, imprescindible, indivisible é ilegible; vive y mama en virtud de otro derecho no menos precioso; ama por iguales causas y motivos; se apropia lo que necesita, y miembro de la gran familia humana, sin haber conocido más que sus derechos, le entierran civilmente, y así se evitan las ridículas fórmulas de las religiones positivas.

El hombre es un producto de la naturaleza como otro cualquiera; no hay en él nada de divino: el hombre se da por un procedimiento determinado: es un producto como el melón ó como el pepino. ¿Se le ha ocurrido á nadie hacer vivir en sociedad á los pepinos? ¿Pretendía nadie que tengan derechos y obligaciones? ¿Por qué, pues, el producto natural *hombre* ha de ser superior al producto natural *pepino*?

¿Qué es el colectivismo?

Prescindiendo de que es una gran verdad, yo lo defino del siguiente modo:

Es aquel sistema por el cual el mundo se arreglará de una manera tan admirable, que todos dispondrán de cuantos seres animados é inanimados haya en la tierra, como les dé la gana y les aconseje su libre albedrío, sin más limitación que la de la fuerza.

Sólo la definición da ya una grandiosa idea de la bondad de mi sistema.

La propiedad es un robo, esto es un axioma.

Á pesar de serlo, voy á hacer algunas ligerísimas observaciones, como si fuera un teorema, para demostrarlo á mis lectores.

La misión de la riqueza, riquezas ó bienes, es la satisfacción de las necesidades.

La sociedad es el cambio.

Es así que hay unos que tienen riquezas, y otros que tienen necesidades; luego venga la riqueza de los unos para satisfacer las necesidades de los otros.

Esto es elemental.

¿Por qué á unos ha de sobrarles y ha de faltarles á otros? (Argumento popular y casero).

Ya oigo al reaccionario del lector decir que por qué unos trabajan y otros no.

¡El trabajo! ¡Valiente desatino aplicado á la apropiación legítima!

En primer lugar, bueno será que los pueblos se prevengan contra todos los hombres muy trabajadores; porque generalmente lo hacen con mala intención.

En segundo, he aquí un argumento irrefutable:

Uno de los derechos individuales más preciosos es el de la holganza.

Es así que la mayoría ejerce este preciosísimo derecho.

Es innegable que la razón está de parte de las mayorías.

Luego los que verdaderamente estafan á las sociedades son los que por medio del trabajo se apropian lo que debía pertenecer á los ciudadanos holgazanes.

Más claro: todo lo que se adquiere trabajando es un robo que se hace á los que huelgan.

Un ejemplo para hacer más tangible esta verdad:

¿Cuál es la piedra de toque para apreciarla en las sociedades modernas?

El sufragio universal. Esto no tiene réplica.

Supongamos que en cualquier país civilizado se presenta esta cuestión al cuerpo electoral:

¿Debe pagarse al casero? ¿Debe satisfacerse lo que se llama precio de los arrendamientos rústicos y urbanos?

Como los propietarios están en minoría, no cabe duda de cuál había de ser la respuesta de los inquilinos.

No supongo que haya nadie tan *osado* que se atreva á sostener que la mayoría del sufragio no lleva la razón.

Podrá dudarse del sentido común, del Evangelio, pero nunca del sufragio universal.

El hombre, pues, tiene derecho de apropiación sobre todo lo que necesite: la palabra *robo* está vacía de sentido: todo lo que hay en la tierra pertenece á todos, y todos pueden y deben usarlo en la medida de su deseo: únicamente tendrán el derecho de ser conservadores, en el momento que tengan que conservar: después de realizada una repartición equitativa.

Pasados algunos años, los hombres vendrán á ser odiosos á los animales, y éstos nos tratarán como á *privilegiados*, como hoy los hombres liberales y libres tratan al *propietario*.

Y los animales tendrán tanta razón como hoy tenemos los comunistas, porque los hombres abusan de los animales. ¿En virtud de qué derecho se come el hombre á la sardina?

Si el comunismo, aplicado á la propiedad, es innegable y ventajoso, aplicado á la familia no tiene vuelta de hoja.

¿Qué es el matrimonio?

Un dogal, como dice Mambrú.

Una preocupación nacida de otras preocupaciones: el pudor de la mujer y el sentimiento de la paternidad.

¿A qué conduce la familia?

Á perpetuar los apellidos.

¡Perpetuar los apellidos! ¡Valiente dislate!

La igualdad y el colectivismo no serán un hecho hasta que desaparezcan esas ridículas distinciones.

¡Nada de nombres propios!

Toda propiedad es irritante.

Los hombres se llamarán así; las mujeres, *hombros*.

Se distinguirán por un número que al nacer se les aplicará con un hierro candente en cualquier parte blanda de su individuo.

Esta será su única cédula de vecindad y toda su documentación.

Á lo sumo se les permitirá llevar apodos con los nombres de los vegetales.

Los jóvenes podrán llamarse *simiente* ó *pipa*.

Los adolescentes, *pepino* ó *calabaza*.

Los ciudadanos, ya en posesión del precioso derecho del sufragio, se llamarán *melones*.

El amor libre es un derecho individual.

Todo lo que sea reglamentarle, es absurdo.

¿Se casan acaso los vegetales? ¿Las uniones de los animales no son pasajeras? ¿Pues para qué se casa el hombre? Para conocer su prole. ¡Valiente absurdo!

El ser hijo de tal ó cual persona es indiferente al ciudadano.

El estado civil es innecesario: lo que interesa es el derecho de ciudadanía: las familias no sirven más que para amontonar preocupaciones y privilegios: no hay más que una familia, la humana. (Principió en el mono, y á este paso acabará con un mico.) Los apellidos son motes ridículos.

La familia es absurda.

¡Cuánto más bello no será el mundo el día que todos los hombres quieran á todos los niños tanto como á sus hijos, y á todas las mujeres tanto como á las suyas: las mujeres á todos los hombres más que á sus maridos! ¡Entonces, padres de todos, hijos de todos, queridos de todos (no habría primos), viviendo en la gran familia humana, hablando la lengua universal aquella que á Dios le llama *Paja*, *Pejo* al pan y *Pujo* al padre, dueños de cuanto nos rodea, sin el pecado original con que todos nacemos á consecuencia de las rancias preocupaciones de los hombres honrados, y sin Guardia civil, viviremos en la vida del comunismo y del derecho!

CAGLIOSTRO.

Por la copia,

JUAN VALERO DE TORNOS,

Mientras la abuela, abriendo la ventana
para ver si mañana
podrán salir las yuntas de su yerno,
al mirar que en la calle está nevando
la cierra murmurando
con balbuciente voz: ¡Jesús, qué invierno!

SANTIAGO IGLESIAS.

ciembre; celebró en Madrid conferencias el 19 y se
empeñó en interesar á Prim á aliarse con Francia,
á lo que no accedió el Conde de Reus.

ANTONIO PIRALA.

(Cumpliendo las indicaciones
de D. Luis Fernández Guerra,
en su cablegrama transmitido
por Mariano de Cavia) ¹.

D. MANUEL SILVELA Y D. JUAN PRIM

Ha publicado *El Imparcial* unas líneas ó frag-
mento de un escrito del Sr. D. Francisco Silvela ¹
referente á su hermano D. Manuel, ocupándose de
la actitud de éste al pretender completar el edificio
revolucionario con la elección de Rey.

Prim quería, en efecto, que la candidatura Ho-
henzollern tuviera el acuerdo previo de Napoleón;
lo cual estimaba imposible D. Manuel, por creer
deseaba Bismarck la guerra con Francia, cuyo ven-
cimiento consideraba seguro; y no rechazaba nues-
tro Ministro de Estado la aspiración del Canciller
prusiano á *comprometernos en la lucha*, esperando
favorable éxito, que permitiría "ver desenvolverse
la suspendida historia de la España europea".

Algo, y aun algo más, podría decirse del asunto,
que preciosos datos legó D. Manuel; pero aten-
niéndonos á antecedentes, podemos añadir fué
Bismarck quien pronunció primero el nombre de
Hohenzollern para ocupar el trono español, al ce-
lebrarse el 22 de Marzo de 1869 el aniversario del
nacimiento del Rey de Prusia, conversando con
nuestro representante en Viena Sr. Rancés, que
había ido á felicitar al Soberano y hubo de mani-
festar al Conde alguna seguridad de ser elegido
Montpensier; alarmado aquél, halló fácil medio de
que se iniciara en la prensa el nombre del Príncipe
Leopoldo Hohenzollern.

Se insistía entonces en la candidatura portuguesa;
no creía Napoleón formal la alemana, y cuando la
vió después formalizada pensó, equivocadamente,
que las famosas conferencias de los diez y nueve
días habían sido un lazo que le tendieron. Nada más
lejos de la verdad. Empezó Napoleón á navegar
sin brújula, y conociéndolo Bismarck, le condujo
al abismo.

Aún confiaba el Canciller en la paz cuando es-
cribía: "Es posible que veamos una fermentación
pasajera en Francia, y sin duda es necesario evitar
todo lo que sirviese á producirla ó aumentarla. Si
esto fuere así, ¿sería conveniente introducir mi
nombre en la relación de estas negociaciones?..."

Prescindimos del curso de ellas, puesto que nos
hemos ocupado con alguna extensión de las mis-
mas en la *Historia Contemporánea* ².

El General Prim, quizá por algunos anteceden-
tes, no extraños al Sr. D. Manuel Silvela, confiaba
en tranquilizar á Napoleón respecto á la candida-
tura alemana. Esperaba saber la aceptación del
Príncipe para correr á París. Desgraciadamente se
precipitó la publicación de aquella candidatura, por
revelarla el Sr. Zorrilla, ausente Prim en una car-
cería y suspensas las Cortes. Zorrilla dijo:—¡Ya te-
nemos rey! lo cual bastó para que excitada la
curiosidad, le descubriese. Al regresar Prim de la
caza, y saber en la estación por los Sres. Balaguer
y Herreros de Tejada, que fueron á recibirle, que
había candidato, se quedó atónito; les interrogó,
dijeronle que ya se sabía en Madrid, frunció el Ge-
neral las cejas, y estrujando un guante que remo-
linaba en la mano, exclamó:—"Trabajo perdido,
candidatura perdida.... y ¡Dios quiera que sea esto
sólo!"

Prim quería reservar la candidatura hasta efec-
tuar su proyectado viaje á Francia. Confiaba que
Napoleón entrara en sus planes, como se lisonjea-
ba de que había entrado el Conde de Bismarck.
¡Cuánto daño hizo una indiscreción!

Precipitáronse los acontecimientos con rapidez
vertiginosa; tuvo el Gobierno español que rechazar
las inculpaciones del Ministro del Emperador; se
vió á poco asediado por el Conde de Keratry, que
salió de París en globo en la mañana del 14 de Di-

NO ES BIEN AMAR POR PODER

ENSAYO DE UNA COMEDIA
del siglo XVII

de un ingenio de esta Corte ².

Con las licencias necesarias.

MADRID
En la oficina de Diego Díaz de la Carrera.
MDCLXII

Véndese al pie de la torre de Santa Cruz y en la covachuela
de San Felipe el Real.

ARGUMENTO DE LA COMEDIA

Una dama sevillana, prometida de D. Félix Hurtado
de Mendoza, entusiasmada con las comedias de Alarcón,
á quien no conoce, le da una cita. Pero Alarcón,
temeroso por su figura, encarga á su amigo Luis de
Belmonte que le sustituya al pie de la reja de Doña
Leonor. Tómale por Alarcón la dama, y á su vez se en-
tusiasma Belmonte, cuando se presenta Mendoza y acu-
chilla á Belmonte, y Alarcón, saliéndose de su escor-
dote hiere á Mendoza y huye sin ser conocido.

Da esto lugar á varios equívocos; y aunque Alarcón
intenta deshacer el enredo, ni Leonor ni su tío le creen:

"Castigo es á lo que infero (*exclama*),
que en boca del embustero
es la verdad sopechosa."

En casa de la dama, y cuando ésta habla con Bel-
monte, y creyéndole aún Alarcón, le muestra unos
versos suyos; entran Mendoza, su prometido, y Alarcón,
á quien ella tiene por D. Mendo, grande amigo, dice
Belmonte, del mismo Alarcón; mas la presencia de
D. Félix que, como cortesano y sobrino del Marqués
de Cañete, el de la comedia de los nueve ingenios,
conoce á Alarcón, deshace el encanto. Espántase la
dama ante la grotesca figura del mejicano, y éste le
devuelve esta redondilla, que ella dijo á Belmonte en
la reja, tomándole por Alarcón, en el primer acto:

"Adoro el entendimiento,
y la discreción adoro.
no hay para mí piedra ni oro
ni perla como el talento."

PERSONAJES

DON JUAN RUIZ DE ALARCÓN Y MENDOZA.
DON FÉLIX HURTADO DE MENDOZA, *sobrino del Marqués de Ca-
ñete*.
LUIS DE BELMONTE BERMÚDEZ, *poeta sevillano*.
D. DIEGO GIRÓN, *viño grave*.
UN ALCALDE.
HERNANDO, *criado*.
DOÑA LEONOR DE GUZMÁN, *sobrino de D. Pedro de Guzmán Co-
rregidor de Madrid en 1613*.
FLORA, *dama*.
Alguaciles, ronda.

La escena en Madrid, en Julio de 1631. La acción empieza á
las ocho de la noche y termina á las doce del día siguiente.

Sin duda, como el autor escribió siglo y medio antes de que Moratín se
burlase de *Hamlet* y ridiculizase las comedias de Calderón, en que no ha
unidad de lugar, no la observó tampoco.

¹ No pudiendo publicar, por las condiciones de esta Revista, la come-
dia íntegra, y deseando dar una idea de ella, al azar recortamos algunas
escenas, que prueban lo perfecta que es esta imitación de nuestro teatro
clásico.

² Se atribuye al escritor de aquella época D. Félix Díaz Gallo.

JORNADA PRIMERA

Trozo de la calle de Cantarranas, frente al convento de Trini-
tarias Descalzas de San Ildefonso. La calle del Niño á la iz-
quierda, el convento á la derecha: enfrente de él casa grande
con rejas y celosías. Es de noche.

ESCENA I

D. FÉLIX y HERNANDO, *de color, con capas, espadas y sombreros de plu-
mas, muy galanes*. LEONOR y FLORA *con mantos, rebozadas*. Todos salen
por la calle del Niño.

FÉLIX
Y siendo cifra esta calle
de la hermosura, y esfera
de vuestra belleza, fuera
mejor el nombre mudalle.
Ni hay alba que no me halle
al matar la noche oscura;
por eso se me figura
que el nombre le he de trocar
y de hoy más la he de llamar
calle de la desventura.
De vuestro rigor me espanto,
que es calle en que vos vivís
calle en que nada sentís
por quien os adora tanto.
Tal sois de bronce ó de canto
como son vuestras ventanas,
que cuando por las mañanas
Febo dá sus resplandores,
aun mira vuestros rigores
la calle de Cantarranas.

LEONOR
Extremos son de galán
y cortesano nacido.

FÉLIX
Verdad trato, que no ha sido
de hoy el decirlo mi afán.
Un mes há que oyendo están
estos umbrales mis quejas:
tal son mis penas añejas
que asombran mis cuitas varias
á las mismas Trinitarias,
vecinas de vuestras rejas.

LEONOR
Ese tiempo de Sevilla
hace que hube de venir.
¿Y no soléis ya servir
donde antes? ¡Qué maravilla!
Doña Clara Bobadilla
os vé en su casa asistiendo,
y allí las gentes cumpliendo
deberes más que de amigo.
Ved si con razón os digo
que estáis, don Félix, fingiendo.

FÉLIX
¡Doña Clara! ¡Qué locura!
harto sabréis que Alarcón
asiste en toda ocasión
su peregrina hermosura.
Sólo en mi vuestro amor dura....

LEONOR
¿A Alarcón soléis hallar?

FÉLIX
A veces le llego á hablar.
¿Es cuidado?
LEONOR
¿Tenéis celos?
FÉLIX
¿De don Juan? Vanos recelos.
(*Riende.*)
LEONOR
(Pues yo os los he de dar.)
Ya que servido me habéis
en ausencia de mi tío
gracias os doy. (*Despídese.*)

FÉLIX
Amor mío,
por Dios, ¡que así me dejéis!....
Cuando encendido tenéis
de celos el pecho amante,
más ingrata é inconstante
os habéis mostrado hoy,
¿queréis, si agora me voy,
sosiegue el alma un instante?

LEONOR
Don Félix, mi distracción
harto de sobra expliqué;
no es cortés amante á fe
quien pide satisfacción.
La comedia de Alarcón
sólo mi atención llevaba,
y si os acongojaba
otro cuidado, advertid
que no sois solo en Madrid,
ni sola en la Cruz estába.

FÉLIX
Enima es que yo respeto
y más el dardo me clava.

LEONOR
Llama, vamos. (*A Flora.*)

FÉLIX
Pero....

LEONOR
Acaba, (*Id.*)
que estás pesada, en efecto.
Desde agora os prometo

(*A D. Félix*)
que sólo fué distracción;
pero, aun así, no es razón
que celos me hayáis perdido;
cuando fuereis mi marido
habría dello ocasión. (*Entrándose.*)
A Dios quedad.

JORNADA SEGUNDA

Sala pobremente alhajada en casa de Luis de Belmonte.
Puertas de fondo y laterales.

ESCENA I

BELMONTE, ALARCÓN. — *Alarcón sale de la alcoba vistiéndose y mirando
su reloj*.

ALARCÓN
¡Bien se duerme en esta casa!
Por Dios que dormí diez horas.

BELMONTE
Clara muestra de que el susto
de anoche no te acongoja.
De que me huelgo.

ALARCÓN
¿Por qué?
BELMONTE

Por estar conmigo agora.
ALARCÓN

Hasta en eso mi ventura
es, como acostumbra, corta,
que si ser huésped aquí
mucho, Belmonte, me honra,
en cambio estoy cuidadoso
de la herida de Mendoza.

BELMONTE
Pues yo no, que nada fué:
tiré la estocada corta.
Y si no quieres honrarme
más tiempo, y hacer dichosa
con estar aquí, mi casa,
no empece lo de Mendoza
para que en breve te goce
la calle de las Urosas.

ALARCÓN
¡Alto es el piso! (*Asómase al balcón.*)

BELMONTE
En la corte

hay inquilinos palomas;
tenemos poco que andar
cuando la muerte nos coja
los pobres aquí en Madrid,
pues sin bendición de Roma
pasamos del lecho al cielo
por no bajar á la fosa,
que está más lejos.

ALARCÓN
¿Si á mí
me pareció que era obra
de doscientos escalones! (*Riende.*)

BELMONTE
¡Bien habrá! Pues aquí moran
tantas familias, que á veces
hay entierro, parto, boda,
baile, duelo, junta y venta,
todo en una casa sola.
¡Pero en cambio hay unas vistas
aquí, extremadas!

ALARCÓN
¡Famosas!
más de doscientas mil tejas
desde aquí la vista goza,
las torres de los Mostenses,
el convento de las monjas,
y San Gil y San Bernardo
y un buen pedazo de ronda.

BELMONTE
Pues á fe que en tu entresuelo
á las tres no se ve gota.

¹ Necrología de D. Manuel Silvela y de Le-Vielluze, etc.
² De las que también ha tratado, tomándonos por texto
Mr. Léonard en reciente libro titulado; *Ministres et Hom-
mes d'Etat*. — Prim.

que es oscura y muy estrecha la calle de las Urosas.

ALARCÓN

¡Oh, lo que harán de invenciones al ver que Alarcón no asoma por su casa todo un día!

BELMONTE

Todo en la corte se nota, y más si los alguaciles de aquella endiablada ronda han dado, por hacer méritos en correr las calles todas.

ALARCÓN

¡Milagro fué el escapar!

BELMONTE

No sé cómo no me corra en pensar lo que corrí.

ALARCÓN

¿Pues yo no? ¡Si en cada losa creí ver un aguacil y en cada esquina una ronda!

Bajé por la costanilla hasta la calle de Atocha, creyendo buscar mi casa entrándome en las Urosas; mas luego pensé que yo, sin ser yo, era el que importa detener, y por temor de topar con otra ronda tomé la calle del Viento y la de las Huertas toda y en el Prado me encontré casi camino de Atocha, que pensé que ni el sagrado me libraba de la horca. Con que verás mi ventura;

pues que si muere Mendoza, le diste tú la estocada y á mí la justicia inmolada.

BELMONTE

Yo anduve más acertado. Había una casa en obra al entrar de la de Francos junto á la en que Lope mora, y en ella me entré al acaso. Pasó muy luego la ronda que aun casi lá pude ver, con que por poco me topa. Tomé la calle del Niño viendo la de Francos sola, bajé por las Trinitarias á Jesús, mientras la ronda andaba dando traspiés y alborotando á las monjas.

ALARCÓN

Aventura en que ande yo siempre en desventura toca. ¡Muy bien, Alarcón, empieza!

BELMONTE

Eso es salsa de estas cosas.

ALARCÓN

Pues guiso con tales salsas no es Alarcón quien lo coma. Hacer de guardacantón, exponerme á que me rompan una costilla, ó á caer y estamparme en una losa, y todo sin haber reja, mano, favor ni lisonja, es bueno para sufrillo quien tenga el alma de alcorza.

JORNADA TERCERA

ESCENA VII Y ÚLTIMA DE LA COMEDIA

Dichos, ALARCÓN.

ALARCÓN

Un siglo hace, á lo que entiendo, que vuestra licencia aguardo.

DIEGO

Perdonad si en darla tardo, que vos la tenéis, Don Mendo.

FÉLIX

¿Don Mendo? ¡Qué confusión! ¿De cuándo se llama así el que hasta agora entendí ser Don Juan Ruiz de Alarcón? (Dale la mano con efusión.)

LEONOR

¡Alarcón! (Sorprenidida.)

ALARCÓN

Esclavo vuestro, que no me quise mostrar por si os llegaba á amar en este talle siniestro.

LEONOR

¡Vos! (Muy asustada.)

ALARCÓN

"Amo el entendimiento (A parte á Leonor y con ironía marcada.)

y la discreción adoro; no hay para mí piedra ni oro ni perla como el talento."

LEONOR

¡Ah, perdonad!

ALARCÓN

Vine á ver que en vuestro asombro de agora descifrando estoy, señora, que á la poste sois mujer! Yo mesmo soy, os prometo, Don Juan Ruiz de Alarcón, corcova, espanto, visión, á quien tienen por discreto. Yo mesmo, el desventurado á quien llaman corcovilla, burla y escarnio en la villa porque nací desgraciado. Yo mesmo al que amigos tales como Mendoza y Quevedo persiguen tal, que no puedo sufrir sus burlas mortales. Yo soy quien en la opinión ando burlado de modo que es, en fin, decillo todo, decir que soy Alarcón.

Otro en mi lugar venía á veros que no me alabo; si mal hice, ello es al cabo ¡desventura como mía!

LEONOR

Mal hicisteis, Alarcón, en publicar mis favores.

ALARCÓN

Fueron, señora, temores de mi triste condición; mas desde agora os prometo que en ello no os falté, que jamás imaginé....

LEONOR

Sois caballero y discreto.

ALARCÓN

Ni qué mucho, que testigo Belmonte de mi ventura cediese á vuestra hermosura la lealtad del amigo? ¡Perdonalde como yo!

LEONOR

Por vos, Don Juan, le perdono, que no sé guardar encono ni en amarme me ofendió.

ALARCÓN

Noto tu asombro profundo por lo que pierdes aquí; (A Belmonte.)

¡paciencia, amigo! que así son los favores del mundo.

BELMONTE

Este, desencanto ha sido, que soy quien pierdo, mirad....

LEONOR

A la Merced le llevad (Riendo.) que recogen lo perdido! Y pues yo soy de Mendoza, dadnos de amigo la mano.

ALARCÓN

Todos saben lo que gano.

LEONOR

Yo soy quien en ello goza.

ALARCÓN

Tened, señora; testigos me son todos, que á Don Juan no le trujo aquí otro afán sino el de ganar amigos. Que aunque viejo, he de entender si doy cuidado á otra dama, si no por mí, por mi fama. No es bien amar por poder.

SR. D. JUAN VALERO DE TORNOS.

Mi distinguido amigo: Tiene usted la bondad de consultarme sobre el deber de los Gobiernos, de los publicistas y de la industria y el comercio, considerados como clases directoras de la sociedad, en presencia de las corrientes socialistas que en Europa van determinándose; y aun cuando ya sabe vivo, completamente alejado de la política y de las luchas teóricas de las escuelas modernas, por lo que pudiera considerarme eximido de responder á su benévola invitación, mi conocimiento de las clases trabajadoras, por las varias industrias que he implantado en España, me obliga á contestar á sus preguntas, aun cuando mi opinión no tiene otro mérito que el conocimiento práctico de esas corrientes socialistas á que usted alude en su amable consulta.

Según mi parecer, el deber ú obligación de los Gobiernos es favorecer las condiciones de vida del obrero con una organización de los servicios que permita reducir los impuestos que pesan sobre todas las clases sociales; crear escuelas de artes y oficios, donde la clase obrera pueda recibir los conocimientos más indispensables para su vida y se la enseñe á trabajar y conducirse, no sólo como compuesta de obreros constantes en su trabajo, sino con conocimiento completo del por qué de todo ello; y por último, dictar cuantas medidas legislativas haya menester y que pongan á salvo todos los derechos y establezcan la debida armonía entre el patrono y el obrero.

El de los publicistas entiendo que es llevar á la pública discusión, como lo hace GENTE VIEJA, esas cuestiones que tan profundamente afectan á las energías y á la salud del organismo social, considerado como sér viviente de tipo superior extremadamente complicado.

En cuanto á las clases directoras de la industria y el comercio, esas tienen una misión práctica y determinada que cumplir, que, aunque muy lentamente, van cumpliendo.

En los talleres y fábricas, lo mismo que en las escuelas, puede y debe educarse al obrero para que sea útil á la sociedad y á la Patria.

Por último, mi opinión sobre nuestros obreros es la misma que tengo de los soldados españoles; éstos, bien instruidos y bien armados, son los mejores del mundo: lo mismo sucede con los obreros; si se les instruye y enseña á trabajar como es debido, son los mejores en inteligencia, energías y actividad.

JOSÉ BATLLE.

* * *

POLÍTICA SOCIALISTA

Bien se advierte que las preguntas con que me honra el Sr. Valero de Tornos son de GENTE VIEJA, es decir, experimentada, y además de gente que sabe mucho, pues una de las más eminentes sabidurías consiste en interrogar con acierto. Pero yo no puedo contestar á lo preguntado, porque me falta autoridad en primer término; y en segundo, porque el asunto es de tal magnitud, que en unas cuantas cuartillas apenas si cabe el índice de las cuestiones que abarca.

La lucha entre capitalistas y obreros se aviva por momentos. No hace mucho que en *Le Siècle* exclamaba Paul Hervé: "Llegamos á una ineludible alternativa. Sumisión del capital al trabajo, ó sumisión del trabajo al capital, aceptando cada uno de ellos la *struggle for life* á la desesperada, peleando bestia contra bestia, lejos de las ideas de orden, de equidad, de los derechos del individuo, limitados por la expansión creciente de las organizaciones sociales...."

El cuadro tiene mucho color y mucha realidad. Ciego está quien no vea que es la social la primera y la más grave de las cuestiones que interesan á la vida de los pueblos. Pasó el período sentimental teórico de la lucha, y entramos en el positivo, en el práctico. Los capitales se asocian, como lo revelan los trusts formados continuamente para que la producción imponga condiciones. Se asocian los obreros también para imponerse al capital, y á cada instante surgen conflictos que hacen imposible la pasividad predicada por los economistas de antaño.

Esta lucha entre unos y otros elementos puede resolverse por medios evolutivos, como pide la ra-

zón, ó por medios revolucionarios, como predica la insensatez, permanente instigadora de tumultos y desórdenes que á nadie aprovechan, ni aun al pueblo en cuyo nombre se realizan.

Es preciso aceptar el procedimiento evolutivo y atender á la cuestión social, no como algo que tiene espera, sino como mal de caracteres graves que exige para ser combatido remedios urgentes, de eficacia indudable y de radicalísimos efectos.

Primero hay que estudiar bien el problema, no sólo en cuanto tiene de general, para todo el mundo civilizado, sino en lo que es peculiar de España. Analicemos la producción en nuestro país; veamos cómo el capital vive en nuestra Patria; fijémonos en cómo van á parar á pocas manos las fuentes todas de la industria, creando una especie de socialismo al revés, en cómo gana poderío el sistema de los monopolios, y luego analicemos lo que es nuestro obrero y lo que es su vida; la condición y cuantía de los salarios en España; la falta de higiene y de instrucción, de pan del cuerpo y de pan del alma, que se nota en nuestras muchedumbres de braceros: veamos, en fin, cómo se desarrollan las sociedades de resistencia y cómo se aprovechan de la desesperación del proletariado los anarquistas....

Pero todo esto es tema, no para un par de cuartillas, que son las que me piden, sino para un libro. Verdad. ¿Qué desea GENTE VIEJA? que yo diga de una manera definida lo que deben hacer los hombres que en gobiernos, Parlamento y prensa influyen en los destinos del Estado? Pues procuraré reducir mi parecer á cinco palabras:

Hay que *socializar* la política.

J. FRANCO RODRIGUEZ.

Año nuevo y año viejo.

El ilustrado ex Ministro de la Gobernación don Xavier Ugarte consultó sobre estas materias—vejez y juventud—en una preciosa poesía á nuestro *mozo viejo* Antonio Grilo, el cual contestó en seguida con una ingeniosísima y concluyente respuesta. Antonio Grilo nos leyó ambos trabajos, encargándonos la reserva; y, con efecto, nosotros, atendiendo más al interés de nuestros lectores que á la eficacia de nuestra discreción, publicamos ambas bellísimas composiciones.

* * *

¿AÑO NUEVO?

(A Antonio Grilo.)

Año nuevo.... No me atrevo á demandarle su ayuda, porque me asalta la duda de si el año es viejo ó nuevo.

Todo es negro en torno mío, todo tristezas presente, enrarecido el ambiente, yerta el alma, el cuerpo frío.

Así arguyo por mi mal: ¿qué sol nuevo ha de lucir para quien ve el porvenir tras de tan turbio cristal?

Y en lucha con esta idea, espero inquieto y perplejo me digas si es nuevo ó viejo el año que hoy alborea.

XAVIER UGARTE.

Enero 1.º de 1902.

* * *

AÑO VIEJO

(A mi querido poeta Xavier Ugarte.)

En la juventud florida, sin penas que el sueño roben, no hay año que no sea joven por la senda de la vida.

Cuando guardas un tesoro de contento y de salud, un raudal de juventud brota en tu pluma de oro.

Información especial de GENTE VIEJA

En presencia de las corrientes socialistas que en Europa van determinándose, ¿cuál es el deber de los Gobiernos, de los publicistas y de la industria y el comercio, considerados legítimamente como clases directoras de la sociedad?

Pero si llega el hastío,
y pierdes la dulce calma,
y vas teniendo en el alma,
como yo, cansancio y frío;
y te miras al espejo,
y ya no te quieres ver....
desengañate, Xavier,
el año que empieza *es viejo*.

ANTONIO GRILO.

CURIOSIDADES LITERARIAS

PRÓLOGO DE UN POEMA IMPRESO EN 1588 Y QUE TIENE
APLICACIÓN EN 1902¹.

AL LECTOR

No alabanzas de mi obra ni disculpas de mi atrevimiento son las que aquí pretendo, porque cierto estoy ya que en obra tan baja y pobre fuera tan indigna la loa cuanto insuficiente la disculpa; pero pienso enfrenar los mercedados, atar los locos y desengañar los necios, si acaso la razón, que tan abatida veo, tiene fuerza para levantarse. Bien sé que estas tres señoras, Locura, Necedad y Murmuración, están tan apoderadas del mundo y tan arraigadas en él, que por cortar un tronco renacerán diez ramas, y por una rama innumerables pimpollos; pero no por esto sujetaré mi ánimo á tan injusto temor, pues cuando hubieren mentido sus arrojadas lenguas, habrá dicho verdad la mía y llegado á sus inficionadas orejas; y si ellas, como aborrecible, no la admitieren, no faltarán otras desapasionadas que la reciban, y contra su parecer la defiendan. Pero para venir á mi propósito, quiero contar una fábula de cierto moderno autor, que, aunque fábula, declarará bien mi verdad: dice que en una isla ocupada de diversas aves hermosas y de doradas plumas, estaba un cuervo sin compañero, pero aunque solo, soberbio y presuntuoso; el cual, tratando de casarle con alguna ave en quien tuviese cría, le trujeron una compuesta y agradable pava; pero él, dando con mucha gravedad sus largos pasos, despreció su hermosura por la fealdad de sus pies; tras ésta, desechó á la garza por la ronca voz, á la calandria por pequeña, á la cigüeña por larga, á la gallina por sucia, y finalmente á la graja por negra. Viendo esto las demás aves, no curaron de traerle otra, sino dejarle todas, riyéndose de su locura, acompañada de necedad. Semejantes á este cuervo veo infinitos, tan locos y presuntuosos, que sólo de sí se contentan; y aunque en este tiempo florecen tan buenos ingenios, tan perfectos entendimientos y tan extremados poetas, cuyas obras resplandecen más que doradas plumas, llegando á los oídos éstos, dicen del uno que tiene el verso bajo, del otro que le tiene oscuro; del uno reprueban la invención, del otro el estilo; á uno le comen las sílabas, á otro se las miden á pulgaradas, y al fin, sólo por hacerse ellos algo, hacen todo lo ajeno nada.

De donde nace, que los discretos, los cuales son

I JERÓNIMO GÓMEZ DE HUERTA.—Nació en la villa de Escalona (Arzobispado de Toledo), el año 1573. Sus estudios en Latinitud y Filosofía fueron en la Universidad de Alcalá, y los de Medicina en Valladolid. Nicolás Antonio le da el título de Doctor; pero Gómez de Huerta sólo se daba el de Licenciado. En la Corte ejerció con gran crédito su facultad, empleando sus ocios en traducir en castellano la *Historia Natural de Plinio*. De una señora noble, rica y virtuosa, con quien contrajo matrimonio, tuvo un hijo.

Cuando falleció aquélla y éste tomó el hábito de fraile carmelita, abandonó Huerta la Corte, poniendo su residencia primero en Arganda, después en Valdemoro. No duró mucho tiempo su retiro. Noticioso de su gran mérito Felipe IV, le nombró Médico de cámara y familiar del Santo Oficio, en cuyo cargo murió, de edad de 70 años, recibiendo sepultura en el convento de Carmelitas de Madrid, llamado de San Hermenegildo, en donde era Religioso su hijo Fray Jerónimo de la Concepción.

Gómez de Huerta fué un Médico filósofo de gran erudición y claro ingenio. Es el mejor intérprete que Plinio ha tenido en lengua castellana.

Mucho amaba Felipe IV su saber, y tanto, que cuando supo el fallecimiento en 1643, no pudo menos de exclamar con voz dolorida: *No vivirá yo mucho si Huerta ha muerto*.

Gómez de Huerta, no sólo se dedicó á las ciencias; cultivó también la poesía con bastante felicidad, siendo una de sus primeras obras *El Florando de Castilla, lauro de caballeros*, poema impreso en Alcalá en 1588. La edad que entonces tenía Huerta era la de quince años.

voladoras aves, tengan bien que reír destos mofadores cuervos; aunque, como aquéllos son pocos y éstos muchos, hacen que corra el necio vulgo tras la locura de sus pareceres; y así, los veréis, para mostrar que lo entienden, en oyendo alguna cosa ajena, y bien ajena de sus entendimientos, que muerden el labio, tuercen la boca, estiran la ceja; si está delante el dueño, dicen: "¡Bueno, oh, qué bien!" pero Dios os libre que esté ausente; que no hay cópla que no la desuellen ni verso que no le circunciden; y es lo peor que estos tales se llevan la carne tras el pellejo, sin saber cuál sea el pellejo ni aun la carne. No dejan de tener parte desta culpa los famosos poetas, que por andar tan manuales, hacen que los que no lo son, sólo con mal coplear ó bien copear tengan su nombre; porque si las obras que hacen fuesen pagadas con persuasión de señores ó petición de príncipes, no andarían tan comunes que el romancista las vendiese por suyas, y el idiota las pusiese censura, y la mujer ocupada en hilar metiese en ellas su cucharada; antes alcanzarían estimación por ser pocas y conocidas, y más dándose pagadas; que esto al fin pone valor en todo, como le quita el darse las cosas de balde, y más á personas que no hacen diferencia entre la *Ulisea* de Homero y las coplas de "Retraída está la Infanta"; á personas, digo, que si le decís una canción de mucho ingenio y trabajo, os dirán: "Bien, bien, basta esto; suplico á vuesamerced vaya un poquito de lo bueno"; sabido que sea, es la vida de la Zarabanda, ramera pública del Guayacan; el casamiento de su Antón pintado, el antojo de la de Campeche, el testamento de Celestina, y cosas de esta manera, en que, siguiendo el estragado gusto, se ocupan los buenos entendimientos; y así, imitando á ellos, todos hacen desto, ganando el nombre que ganaban pocos de aquéllos famosísimos antiguos, no siendo en realidad de verdad sus obras sino imitación de monas dichas con voces de papagallos, que sin entender qué es barca ni barquero, dicen: "Barquero, daca la barca." Bien sé que he de ser mordido de estos tales, pues se han atrevido á mejores ingenios que el mío; pero no los estimo en nada, pues son gozques que no sacan bocado. Lo que les pido es, si acaso esta obra llegare á sus manos, que no se venguen en ella por vengarse de su dueño, que dice verdades; hagan prosas, digan chistes, sirvan damas, y dejen el verso heroico para quien le entiende, porque no salga un Apeles de detrás del lienzo y diga lo que al villano. Pero suplico al lector discreto que por ventura viniere á sus manos, supla las faltas de mi ingenio con las obras del suyo, pues no hay alguno tan perfeto que por contentar muchos gustos no caiga en algunos errores.

El licenciado HIERONIMO DE GUERTA

Natural de Escalona.

NOCTURNO

La tarde declina,
del río se eleva compacta neblina,
la noche de estrellas salpica su manto
y allá, en el sendero de verde colina,
el eco repite con voz argentina
las notas que lanza tristísimo canto.

¿Por qué, corazón, escuchándole lloras?
Sus ondassonoras
allá, en el vacío se ensanchan y mueren....
Pues, dí, si el dolor que revelan ignoras
¿por qué á todas horas
las oigo vibrar y en el alma me hieren?

¿Qué extraña armonía
es esa que á un mundo ignorado me guía?
¿Por qué alza recuerdos de tiempos mejores?
¿Por qué siendo ajena, la tomo por mía,
y siento agitarse en horrible agonía
mis locos deseos, mis muertos amores?

¡Oh! déjame, pasa, que el ancho vacío
tus ecos extinga.... Monótono el río
sus aguas desliza en su lecho de arena....

¡Que sienta su frío!
¡Que pueda mi hastío
hundir en su fondo mi angustia y mi pena!

Mas ¡ay! persistente
rumor su corriente
levanta, y mis nervios agita á su impulso....
Se abrasa mi frente
y un grito lejano, que suena estridente,
en olas de sangre acelera mi pulso.

—¡Voy!, dice aquel grito.... ¡Burlón es su acento!
—Voy, dice, y se aleja.... ¡No es vano portentoso!
¡Lo mismo la dicha me dijo en la infancia,
seguíla al principio con loco ardimiento....
la sigo aún ahora con paso más lento
y nunca consigo salvar la distancia!

Mas ¡ay! ¿Qué funesta
locura á turbar mis sentidos se apresta?
La voz que me finjo, la voz que me llama,
el canto es del cuco que allá en la floresta
al eco que copia sus gritos contesta
volando en pos de él de una rama á otra rama.

¡Huyamos! El bosque renueva mi duelo,
sus árboles altos me ocultan el cielo,
me aterra su sombra, me espantan sus ruidos....
Quizá en la llanura se logre mi anhelo....
¡Yo busco la calma, yo en mágico velo
aspiro á envolver mis despiertos sentidos!

¡Inútil empeño! El mastín en las eras
ladrando vigila.... Sus notas primeras
la alondra levanta....
¡En vano es que busques, en vano que quieras
forjar en silencio tus locas quimeras;
el mundo es la vida y en él todo canta!

Él canta.... y tú lloras,
él ríe, y las horas
á ti te anonadan y nunca te alegras....
¡El mundo presiente las nuevas auroras
y tú, por lo mismo que más las adoras,
las ves más lejanas y acaso más negras!

La vida es eterna, mas tú no lo eres:
escala infinita de mundos y seres
se agita incesante poblando el vacío....
Tú en cambio no logras jamás lo que quieres,
tú has visto uno á uno morir tus placeres,
tú ya del sepulcro presentes el frío!

¿Te espanta? ¡Sé fuerte! Con musa admirable
la fe te esclarece su fondo insondable
y eterna ventura á tu espíritu guarda....
¿Lo dudas? La aurora despunta y no es dable
que niegue su triunfo tu tedio implacable....
¡El día da fuerzas, la noche acobarda!

¡Ah sí!... toda aurora, bañada en colores
engendra esperanzas y dichas y amores,
de púrpura viste la cumbre atrevida....
¿Mas qué aurora puede templar mis dolores
ni dar nueva vida y aroma á las flores
que al polvo rodaron sin savia y sin vida?

¡Oh, Sol! yo saludo tu espléndido encanto;
tu vívido fuego, tu luz pueden tanto
que calman un punto las penas sombrías;
mas ¡ay! sus reflejos ni secan mi llanto
ni agotan su fuente, ni endulzan mi canto
por más que los copien las lágrimas mías.

MANUEL VALCÁRCEL

Enero 1902.

EL PRIMER MES DE OTOÑO

Supongo que muchos de mis lectores son aficionados como yo a la vida campestre, a esa vida pácífica, retirada y libre de cuidados sociales, que tan admirablemente ha cantado Horacio.

Si entre mis lectores hay, en efecto, algunos a quienes atrae y deleita la tranquilidad del campo, y han vivido en él, de fijo habrán observado el reposo grave y solemne en que quedan las poblaciones rurales cuando el labrador ha conseguido encerrar en las trojes su cosecha, venciendo todo género de contrariedades; cuando respira sin el temor de que las inclemencias del cielo ó la mala voluntad de los hombres destruyan ó mermen el sazonado fruto de sus ímprobos afanes, y finalmente, cuando el mes de Septiembre con sus remusguillos matutinos y sus primeras lluvias parece como que llega a levantar de las eras las últimas parvas. Entonces amos y criados no se entregan ya con codicioso ahinco en las más calorosas horas de la siesta a la dura y áspera faena de la trilla, como hacían en el corazón del verano, ni mirando desconfiadamente las ligeras nubecillas del cielo, esperan inquietos y sobresaltados el viente rastro de las tardes de Agosto, para separar el grano de la paja. Tampoco resuenan ya desde el amanecer hasta la puesta del sol los alegres cantares con que los trabajadores entretienen y conllevan sus rudas tareas agrícolas, si bien turban el silencio de las noches, todavía templadas y serenas, las bulliciosas rondas de la gente joven y desocupada. En Septiembre las eras van quedando desiertas y silenciosas; ya no acuden a ellas, como en el rigor de la canícula, a la caída de la tarde, las familias de los labradores para gozarse en el diario acrecentamiento de su incierta fortuna; vuelve el ganado de labor a sus establos, en los cuales no ha entrado durante el estío; cesan en el campo y también en las casas, donde hasta entonces las mujeres han estado levantándose antes del alba para preparar el desayuno a los gañanes, el tráfico y movimiento de la recolección, y reina en toda la naturaleza una especie de calma satisfactoria, holgada y regalona. La madre tierra y los hombres descansan de sus anteriores fatigas; sucédense sin interrupción, ya en un pueblo, ya en otro, singularmente en los que se extienden por la ancha llanura de Castilla, las funciones del santo tutelar con sus romerías, ferias, bailes y novilladas, a que concurren de gala mozos y mozas de los lugares comarcanos, y, según el júbilo que se apodera de todos los ánimos, bien puede asegurarse que Septiembre es para los agricultores el mes de fiesta, ó como si dijéramos, el domingo del año.

Pero si considerado bajo este aspecto pintoresco y rústico el mes de Septiembre ofrece los mayores atractivos, tiene en cambio, para los que pisamos los últimos linderos de la edad madura, algo que despierta en nuestras almas vaga é indefinible melancolía. Parece como que es la verdadera representación, el símbolo genuino, la imagen alegórica de ese punto intermedio que podríamos llamar cumbre de la vida, desde el cual se divisan por un lado los postreros vislumbres de la juventud perdiéndose en las nieblas de lo pasado, y por otro las secas realidades de la vejez que avanza con aire sombrío. Todavía no se ha extinguido el calor de nuestros corazones, como no se ha apagado en Septiembre por completo el calor del verano, y sin embargo, síntomas fatales anuncian el fin próximo de nuestras ilusiones marchitas. Las primeras nieves del invierno, es decir, las canas empiezan a blanquear en nuestras cabezas, si es que el tiempo no nos ha arrancado prematuramente las esperanzas y los cabellos, como arrebatada el viento de otoño la hojarasca de los árboles. Durante el mes que bosqueja, la vegetación no ha muerto; pero se ve que está gravemente enferma y abatida; las hojas amarillean en las ramas, y la brisa al sacudirlas parece como que se despide quejumbrosamente de ellas; del mismo modo que la íntima voz de nuestro orgullo lastimado ante el estrago que los años causan en nosotros mismos, se despide también de las quimeras de mejores días, cuando hemos llegado a ese período crítico de la existencia, agitado por crueles y secretas incertidumbres, en que, sintiéndonos aún bastante jóvenes

para amar, somos ¡ay! demasiado viejos para ser amados. ¡Triste estación en que las golondrinas huyen de nuestro clima, y las ilusiones de nuestras almas!

El desengaño es terrible para los hombres; pero es mucho mayor y más amargo para las mujeres. Cuando el mes de Septiembre de la vida las sorprende de improviso; cuando apuntan en el cielo, antes clarísimo, de su hermosura los primeros celajes del crepúsculo vespertino, de ese crepúsculo tan bello, y al mismo tiempo tan patético como el adiós de un día moribundo; cuando cada hora que pasa deja una arruga nueva ó ahonda el surco de las antiguas, entonces las mujeres más altivas, más veleidosas, hasta las más impuras suelen sentir, por primera y última vez, el agudo aguijón del amor tenaz, persistente, casi nunca correspondido; de ese amor que se incrusta en el alma, de donde no es posible desarraigarlo sin hacerla pedazos. El postrer amor de la mujer que envejece es indudablemente el afecto más profundo é insaciable de todos los afectos humanos. La mujer que ha doblado el cabo y pasa de cuarenta años, no ama sólo en el hombre que ha logrado inspirarla una pasión casi póstuma las cualidades físicas y morales que le adornan y enaltecen, porque frecuentemente su cariño recae en seres poco favorecidos por la naturaleza, ó en corazones envilecidos; se ama en él a sí misma; ama la memoria de más felices días; sus efímeros, pero ruidosos triunfos de otros tiempos; sus batallas ganadas ó perdidas; la reminiscencia de antiguos placeres, y para decirlo sin rodeos, ama en su último amante todos sus amores pasados. Su pasión tardía es el cable que la vanidad femenina arroja desde el mar muerto y oscuro de la ancianidad a las costas floridas y cada día más distantes de la juventud; por eso, cuando, no pudiendo resistir la extremada tensión de la edad, el cable estalla y se rompe, es tan honda la angustia de las pobres naufragas y tan incurable su desesperación. ¿Cómo han de resignarse fácilmente a la indiferencia general, mil veces más abrumadora que el olvido, ellas tan aduladas, tan agasajadas, tan admiradas, tan perseguidas por el deseo, allá en los tiempos en que Dios quería, y cuando no era posible verlas sin adorarlas?

¡Singular coincidencia! La lenta agonía de la hermosura está tan llena de ensueños y tan exenta de recelos, mientras el desvío del objeto amado no infiere de pronto la mortal herida, como la agonía de los físicos, que, por regla general, sucumben también, para que sea mayor la semejanza, en el primer mes del Otoño, ó, como dice poéticamente el vulgo, a *la caída de las hojas*. La belleza que se apaga y desvanece, sueña quizás, cuando lanza sus últimos destellos, en la eternidad de su imperio, y forma cálculos de felicidad imposible, como el enfermo del pecho, desahuciado por los médicos, abre su alma a los más risueños propósitos y tiernas expansiones, precisamente cuando la muerte invisible, sentada a la cabecera del lecho, cuenta ávidamente los pocos instantes de vida que concede al pobre moribundo. Y es porque la existencia humana, tanto en el orden físico cuanto en el moral, se parece al sol, que, al esconderse, tiñe el horizonte con sus más brillantes tintas y sus resplandores más vivos, como si desplegando toda su magnificencia quisiera protestar contra la ley oculta é inexorable que regula el movimiento de la tierra y rige su curso.

No es difícil, levantando algo más el pensamiento, encontrar también notables analogías entre el revuelto estado de nuestro siglo y el mes de Septiembre. Considerando el pasmoso espectáculo que ofrecen las sociedades modernas, atormentadas por un espíritu de crítica implacable, bajo cuyo escalpelo, jamás ocioso, todo perece, se descompone ó se transforma, he llegado a sospechar si nuestra civilización habrá entrado ya en el Otoño de su portentosa grandeza. No es posible desconocer que atraviesa por suprema y temerosa crisis, al ver cómo la tradición hasta hace poco semejante a uno de esos añosos y robustos árboles de ancha y tupida sombra, presenta ya su tronco desnudo, escueto y agrietado; cómo la tristeza misteriosa, propia de todos los períodos hondamente perturbados y escépticos, tristeza que los romanos de la decadencia llamaban *tedium vitae*, y el espíritu filosófico de nuestra

edad califica con el nombre de *melancolía del siglo*, se propaga a modo de enfermedad contagiosa, gravita sobre las conciencias en que está obscurecida la idea de Dios, vierte con su negra ánfora la duda en las almas mejor templadas, y convida con el suicidio a los débiles, a los incrédulos y a los cobardes; al ver, en fin, cómo ruedan a impulso de un viento de desolación que a todas partes alcanza y ningún prestigio respeta, costumbres, principios, leyes, instituciones, altares y dioses. Seguramente nuestra generación padece; pero ¿qué importa si la humanidad avanza? La civilización marcha, como todas las cosas de la tierra, al través de la invariable sucesión de las estaciones y pasando por el ordenado turno de la luz y de la sombra. Tal vez nosotros, átomos vivientes de un día, que vemos y sentimos cómo descienden la noche y el frío sobre nuestra sociedad apesadumbrada, no alcanzaremos horas más claras y serenas; mas ¿quién duda que éstas volverán cuando deban volver?

Tengo la certidumbre de que volverán. ¿Por ventura no han vuelto en circunstancias y condiciones más terribles que las que nos cercan? En antiguos tiempos, al resonar por llanos, cumbres y mares el grito fatídico de la naturaleza atónita: *¡Pan, el dios Pan ha muerto!*, la conciencia universal quedó como aletargada, sin fe en los dioses que se iban ni en el Cristo que había llegado. Durante este largo eclipse, ó más bien, durante esta confusión caótica del sentimiento religioso, en que sólo algunas almas puras y escogidas pudieron gozar de la verdadera creencia, la tierra gimió bajo el yugo de Césares locos ó malvados y de muchedumbres imbeciles ó corrompidas. Falta de un principio regenerador que la animara, porque las aras de Cristo, si no estaban vacías, estaban por lo menos ocultas, aquella sociedad divinizó las fuerzas, la materia y el miedo, y Tiberio fué dios, Nerón fué dios, Calígula fué dios, Heliogábalo fué dios, dioses fueron los mayores monstruos y verdugos del género humano. Cinco siglos duraron las convulsiones del gigantesco imperio que moría, y en este intervalo, parecido a un prolongado insomnio, presenciáronse, como en nuestros días — más que en nuestros días, — espantosos sucesos y crímenes execrables apenas concebibles; hubo guerras cruellísimas, violentos trastornos sociales, encumbramientos inverosímiles, caídas vergonzosas. Por todas partes olas de sangre y cieno, revueltas y embravecidas, se extendían rugiendo. En este trágico lapso de tiempo aparecieron los *Anales é Historias* de Tácito, que muestran a qué hediondos abismos de ferocidad y concupiscencia puede bajar la tiranía, y Juvenal flageló con sus inmortales *Sátiras* a aquellas generaciones degradadas, sometidas a todo linaje de vicios, ignominias y abominaciones. Todo se derrumbaba con pavoroso estrépito, en medio del estupor y de la podredumbre generales, y hasta tal punto el espectáculo era terrorífico, que los ánimos más varoniles, iluminados y fortalecidos por la nueva fe, exclamaban medrosos y desalentados, como San Jerónimo, a la vista de tanto hundimiento y ruina: *¡Ay de mí! ¡Lloro los funerales del mundo! El mundo romano se desploma. Totius orbis mortem plango, romanus orbis ruit.* Sonó, por fin, la hora de la catástrofe definitiva, y desde el septentrión cayeron sobre los restos del Imperio de Occidente multitud innumerable de tribus bárbaras que parecían traer, como auxiliares de sus iras, las tinieblas, el estrago y la muerte. ¡Oh justa providencia de Dios! Lo que entonces se creía noche era aurora; lo que se presentaba como aterido invierno era plácida y florida primavera. Lejos de morir, como hacían temer todos los síntomas, el mundo se rejuvenecía.

¿Por qué, pues, no hemos de esperar el advenimiento de días más prósperos y bonancibles? Confíemos.

GASPAR NÚÑEZ DE ARCE.



SEMI-CUENTOS

Música callejera.

¡Que poca cosa es la música callejera! Y sin embargo, en cada vieja que desgarraguinda y sucia, pingarrosa y desmoñada, va por la calle rasgueando mohosa guitarruela, veo algo que conmueve, algo, tierno casi siempre, que me obliga a reconstruir la historia de la artista callejera.

Líneas purísimas en unas; en otras lo bellaco, lo plebeyo, la brutalidad desde su nacimiento; cosas son que creo adivinar, y siempre de mis conjeturas brota una lágrima.

Un día de Agosto, bochornoso, claro, con luz de infierno, me asomé al balcón de mi cuarto. Un concierto desconcertado despertóme de esa galvana que nos brinda la canícula.

Sonaba algo que quería ser una polkita muy conocida.

La orquesta componíanla dos hombres flacuchos y melenudos mal cubiertos de harapos.

El uno daba fatigosamente al manubrio de un organillo, con esfuerzos horribles, como si manejara una noria. El otro con un flautín suplía, ó trataba de suplir, las notas que no producía el viejísimo organillo, faltar ya de la mayor parte de sus dientes.

¡Aún era harmónico aquello comparado con lo que debería resultar!

Decía el del manubrio:

—Nada, nada. Hasta la carnicería que siempre da, tiene puesto un papelico:

Cerrado de 2 á 4.

¡No ves? Todos duermen. Nada les importa. Nosotros menos que todo.... No toques; más rabia que gusto sentirían en sus lechos mullidos.

¡Oh, si al menos tuviera yo mi Estradivarius! — terminó con orgullo y gesto de gloria.

Cesó el flautín.

—Tienes razón.... Tú, sí; tú lograrías con él apasionar, ¡como yo cuando tenía pulmones apasionaba con mis solos!

Y esta migaja de *bombo*, les substrajo un minuto de su actual situación.

¡¡Grandezas!!

Contristado, me lancé á echarles una pieza de dos pesetas, que recibieron cual bendición divina, y dije para mi sayo en vez del *Ego te absolvo*: "Ego creo que en vosotros hay genio artístico".....

Fuéronse con ligero andar como atraídos por humeante puchero, satisfechos y orondos, en pos del *triumfo*; y yo, desvelado ya por esta pícara manía de darme por entero á sentimentalismos de artista cursi, quedéme pensativo en mi balcón, viendo subir la sombra á las buhardillas de enfrente, como acometiendo al sol por desconsiderado, que punto menos que achicharraba los pingos blancos y las clavellinas que ante la rejita de la claraboya sostenían las tostadas tejas.

"Del Pilar de Zaragoza", oí entonces; y reparé en un hombre con una pata de palo, que tocaba y cantaba, guitarra en mano, acompañado por un chicuelo que unía su vocecilla atiplada á los finales de los versos.

"Del Pilar de Zaragoza", tornó á cantar:

Quiera la Virgen Santísima
Del Pilar de Zaragoza,
Que te llegue un cacho é mi alma
En cada son de esta jota.

Ó la Virgen puso especial empeño en que el deseo del hombre de la pata de palo no se cumpliera, ó el *cacho é su alma* llegó con cada *son* al fondo mismo del pecho de la dama.

Sí, no hay duda: aquel canto, lleno, vibrante, desparramaba plétora de amores.... El hombre de la pata de palo era un místico de buena cepa y un soñador completo. Aquellos acentos llevaban en sí algo dominador....

Era indudable que yo sorprendía un *momento* de un alma artista.

* *

No á mí solo conmovió la copla. Á la carnicera de la "carnicería que siempre daba" conmovióla también. Y como en estas materias hay muchas

formas de expresión, dióle aquella mujer coloradota y esférica una moneda y una orden.

En la carnicería, y á la puerta de ésta, crecía el grupo de vecinas.

—¡Cante más ligero!—dijo un mocetón, al punto que sin zarandajas de etiquetas, levantó de su silla, asiéndola por ambas manos, á una contertulia, colocándose frente á ella y esperando la copla para romper á bailar.

Entonces me llené de gozo. No me hube equivocado. Asistía á un momento del artista, porque rechazando una segunda moneda, dijo testarudo y enfadadizo volviendo grupas:

—No.... Yo canto *pa* pedir limosna y olvidar, que es cosa triste; no *pa* que bailen, que es cosa alegre....

ALEJANDRO BHER.

EL AMOR DE LOS AMORES

Una tarde se encontraron al paso Ramón y Rosa: él hermoso y ella hermosa, de pronto se enamoraron.

Aquí me dirá el lector:

—«¿Eso qué tiene de extraño? Viendo estamos todo el año que así se engendra el amor.»

Es verdad; pero el demonio, que suele andar en el juego, deja al hombre á veces ciego y le arrastra al matrimonio.

Y ciegos Rosa y Ramón, se unieron antes de un mes, locos, sin más interés que el fuego de su pasión.

Ella piensa sólo en él, él no piensa más que en ella, pues no ve mujer más bella.... ¡Qué hermosa luna de miel!

Ramón dijo:—«Rosa mía, sólo tu amor ambiciono, y quisiera darte un trono.» Y ella entonces repetía:

—«Te adoro con frenesí; mi cariño es tan profundo, Ramón, que á nadie en el mundo podré querer más que á ti.»

Al cumplir el año, Dios (como casi siempre pasa) un ángel llevó á la casa para dicha de los dos.

¡Cómo su gozo expresar! No sabe el que no ha sentido del primer hijo el vagido lo que es sentir y gozar.

De emoción temblando, á Dios ambos los ojos alzaron, y aquella carne besaron que era carne de los dos.

Ella, como toda madre, consagró su vida al niño, y el transporte del cariño nubló la frente del padre.

La amante esposa asustada, le preguntó:—«Dí, mi bien, ¿qué tienes?»—Y él, con desdén, respondió:—«No tengo nada.»

Ella insiste:—«¿Callas?»—«Sí. No hace mucho que decías que á nadie querer podrías en el mundo más que á mí.»

Rosa la cabeza alzó, y con orgullo le dijo:—«Ramón, *nadie* no es mi hijo; nuestro hijo eres tú, soy yo.»

—«Tú debes quererle, sí; son muy justos tus desvelos; pero ¡ay Rosa! tengo celos, pues le quieres más que á mí.»

—«¡Celos! ¿Qué dices, Ramón?

¡Tu duda me causa enojos!

¿Tienes cerrados los ojos y cerrado el corazón?

»¿Juzgas mi amor importuno y te duele mi interés?

Consulta tu alma: ¿no ves que siendo tres somos uno?

»No: no es posible que ignores lo que siento y lo que sientes; por caminos diferentes se encuentran los dos amores.

»¡Hijo del alma!....¡Cruel!

¿No ves que por ti respiro?

Cuando en éxtasis le miro, te estoy contemplando en él.

»No permitas que te arguya para hacértelo entender; es la mitad de mi sér confundida con la tuya.

»Ramón, te adoro y le adoro. Nada te puede robar....

Tengo ganas de llorar.

¿Dices que por todo lloro?

»Es verdad; mas ¿qué sería sin lágrimas la mujer?

Ellas marcan el placer, el dolor y la alegría.

»Te ofusca tu ceguedad.

Vuelve en tí; cierra la puerta, que á veces, al verla abierta, huye la felicidad.

»Estréchame en un abrazo; no turbes nuestro cariño; ¿no ves que te llama el niño que nos une en tierno lazo?

»Con mi sangre le amamanto; en mi seno le dí el sér; ¿cómo no le he de querer si es mi vida, si es mi encanto?»

Ramón de espanto tembló, y al mirar que estaba abierta de su amado hogar la puerta, con violencia la cerró.

Y dijo:—«Ven á mis brazos; avaro de tu cariño, tuve celos de ese niño que ha estrechado nuestros lazos.»

»Rosa, perdona la pena que te causó mi pasión; besemos el eslabón de nuestra dulce cadena.»

TEODORO GUERRERO.

LA CALLEJA DE LA AMAPOLA

II

De hidalgüela moradora en cierto pueblecillo de Pernia, de los sujetos al señorío de D. Pedro, había tenido éste, años atrás, un hijo bastardo, el cual, traído desde niño á Potes, resultó de tan mala índole, que, á medida que fué creciendo en edad, fué dando á su padre mayores disgustos cada día. Carácter, más que discolo, verdaderamente depravado, gozaba, el inicuo, haciendo daño al prójimo en las personas ó en las cosas; y tales y tan grandes llegaron á ser las tropelías por él realizadas, tanta fué la perversidad que demostró disponiendo y ejecutando repetidas empresas criminales, que el padre, para librar al país del excesivo escándalo y de las cada día mayores desgracias con que á los pueblos fustigaba el incorregible y desenfrenado mozo, le obligó á salir de Liébana y de los otros dominios de la merindad, so pena de mayor y más terrible castigo si estaba un día más en tierra del Señorío paterno.

Pasó tiempo sin que del expulsado se tuviera noticia de ningún género; ya casi nadie se acordaba de aquel malvado, sino para rogar á Dios que nunca jamás volviese á parecer por Liébana semejante hombre. Pero

iban pronto á cumplirse cinco años de su ausencia, cuando lo mismo en la villa que en los pueblos de la merindad comenzó á susurrarse misteriosamente, y muy en voz baja, que el bastardo del Merino Mayor del Rey había sido visto en mal sitio y ocupado en aborrecibles empresas, al frente de abominables compañeros. Decíase, en efecto, que uno de los «santeros» que iban entonces, como han ido hasta mediados del pasado siglo, á vender en las provincias castellanas crucecitas de nogal moteadas con alambros dorados y tocadas, según los vendedores afirmaban, á la reliquia de la Vera-Cruz existente en el monasterio de Santo Toribio de Liébana, habíase visto asaltado en cierto páramo, no lejos de Valladolid, por una cuadrilla de malhechores, cuyo jefe, como una gota de agua clara se parece á otra, parecíase al bastardo hijo de D. Pedro. Mas aunque tales eran las hablillas y nadie las negaba crédito, recordando las perversas fechorías del mozo en el tiempo de su estancia en el país lebaniego, nadie tampoco aseguraba que el rumor estuviese apoyado en la verdad del hecho. El santero mismo, al que varias personas, cuándo una, cuándo otra, se habían atrevido á interrogar, no había dado más respuesta que exclamar: «¡Óhsus! óhsus!»; volviendo apresuradamente la espalda y santiguándose repetidas veces, según iba alejándose del preguntón, sin que éste, de la exclamación y los aspavientos del santero, pudiese deducir si lo que del bastardo se contaba era verdad ó calumnia.

Falso testimonio pareció ser, hasta que pocos meses más tarde se supo que un peregrino, que desde tierra de Campos vino á besar la reliquia de la Santa Cruz en el Monasterio de Santo Toribio, había traído para Don Pedro un pergamino, en que el hijo bastardo del Señor de Liébana decía que, habiendo servido como soldado en las mesnadas de cierto magnate andaluz, de los que sostenían frecuentes luchas con los moros de las Alpujarras, y habiendo en aquellos cinco años de guerra contra los enemigos de nuestra Religión aprendido á portarse como hombre de buenas costumbres y loables pensamientos, aborrecía su anterior mala conducta y, de ella sinceramente arrepentido, solicitaba de su ilustre padre permiso para volver á residir en la comarca lebaniega, en que se había criado y en la cual prometía ser ejemplo de moderación y de todas las demás virtudes.

No desde el primer instante dió entero crédito el reflexivo D. Pedro á lo que su hijo le escribía; pero tanto y tan bueno habló del bastardo el humilde peregrino, que el Merino Mayor de Liébana otorgó el permiso que de él se solicitaba. Fué, no obstante, concedida la licencia con la expresa condición de que el bastardo había de residir, durante el plazo que D. Pedro creyera conveniente, en la torre señorial de Potes, de la cual no debería salir en ocasión ninguna sin previo permiso ó mandato de su padre.

Á las pocas semanas de esto se presentó en Potes el bastardo, jinete en brioso caballo, trayendo á la grupa una pesada y bien provista maleta, ostentando riqueza y gala en su atavío y luciendo prendida en el almete, á modo de escarapela, una amapola de oro con menudos diamantes por pistilos, con los pétalos ingeniosamente coloreados en el interior por el artífice, y con una gruesa esmeralda por ovario de la flor. Parecía el conjunto hecho más bien para valiosísimo broche del manto de una reina, que para escarapela del casco de un soldado.

Cuando el severo D. Pedro vió los ricos trajes y la multitud de doblas que su bastardo traía en la maleta y que constituían un grande tesoro; cuando vió la lujosísima presea que en el almete ostentaba con arrogancia de emperador aquel mozo, no quiso ocultar su extrañeza; por lo cual ordenó se le presentase en el salón de estrados, donde con toda señorial solemnidad le interrogó. Refirió el audaz bastardo heroicidades, que dijo realizadas por él contra los fieros moros alpujarreños, en premio de las cuales el opulento Conde señor de la mesnada en que servía el mozo le había hecho aceptar la vigésima parte del extraordinario botín en la última de aquellas sus campañas recogido; y to-

cante á la joya que en la cabeza lucía, el imperturbable joven jactóse de haber dado feliz comienzo y venturoso fin á importante hazaña, amedrentando él solo, y acuchillando y dispersando en los breñales de las Alpujarras á numeroso grupo de bandidos que conducían maniatados á un prócer cristiano y á su esposa para arrojarlos desde espantoso risco á un abismo, después de haberles robado. Añadía que, agradecido el magnate, ofreció en recompensa al héroe una gran bolsa repleta de oro; pero que, rehusada la oferta con delicada y noble abnegación, tomó aquel poderoso la amapola de oro que brillaba en el tocado de su esposa y la dió al joven, quien, para recuerdo, la prendió en el casco á guisa de escarapela.

No explicó bien el motivo de ir en aquella ocasión crítica viajando solo por los temibles alpujarreños peñascales; ni supo aclarar tampoco algunas obscuridades que D. Pedro halló en el relato de aquella y las demás proezas: por esto, y por ademanes y palabras que no estaban bien en mozo noble y arrepentido de sus antiguas maldades, dudó el perspicaz y rígido Merino Mayor que fuese cierto lo que el bastardo afirmaba. Muy al contrario: sospechó que ni por un momento aquel mal hijo había dejado de ser tan malvado como antes, y juzgando que más bien había crecido su perversidad, puso fin D. Pedro á la conversación de aquella noche diciendo:

— Está bien; retiraos á descansar, y no olvidéis la condición con que me he doblgado á permitir os volver á este país. Cuidad de no salir de la torre sin consentimiento ó sin mandato mío, y sabed que recibiréis castigo duro y ejemplar, si en término de un mes no justificáis con irrefutables pruebas lo que me habéis relatado.

— Antes de un mes conoceréis por completo la verdad, mi amado padre y señor—contestó con humildad equívoca el bastardo.

En la tarde del siguiente día, desde la principal ventana de la torre señorial miraba el mozo, en ademán distraído, pero realmente inquieto, hacia el camino de Frama, cuando aparecieron en el puente dos peregrinos que, al ver al bastardo, demandáronle limosna. La voz del que pedía emocionó viva y visiblemente al joven; mas reponiéndose luego y haciendo un misterioso guiño, que los peregrinos con otra seña manifestaron comprender:

— Tomad—les dijo, arrojando al camino que hay al pie de la torre una moneda;— tomad ese modesto socorro; y al regresar del Santuario, que supongo será dentro de dos días, porque mañana permaneceréis en él ocupados, como es justo, en admirar y adorar la sagrada reliquia de la Cruz y las demás que allí hay, hacedme la merced de venir á darme alguna cinta, algún objeto que hayáis hecho tocar al venerado Leño. No lo olvidéis, é id en paz.

Siguieron caminando los peregrinos en dirección al Monasterio de Santo Toribio; y el bastardo iba á retirarse ya de la ventana satisfecho, al parecer, cuando vió á Frunilda, que por la calleja de los setos espinosos y de los zarzales bajaba para llenar de agua el ánfora en el río. Tal impresión produjo la presencia de aquella hermosa muchacha en el ánimo del mozo, que, sin pararse á meditar las consecuencias del escándalo, gritó requiebros insolentes, que ella castigó con el desprecio de ni aun mirar al desvergonzado que así vociferaba. Volvió, pues, altivamente la espalda la gallarda moza; puso en su cabeza el ánfora y se marchó erguida y con firme paso por el pendiente y desigual callejón.

Quedó el bastardo colérico, mirando desde la ventana y jurando en su interior vengarse del desdén de la muchacha; y como á poco viera que el joven hortelano, acercándose á los bardales del camino, saludaba á Frunilda y ésta se detenía sonriente á contestar, blasfemó iracundo, y, retirándose de la ventana, bajó y corrió hacia la puerta de la torre. Pero, al salir de ella, hallóse con que el Merino Mayor del Rey detenía junto al umbral el caballo, en que regresaba de una excursión á su casa-torre de Buyezo, y al ver la agitación de su hijo le interrogaba imperiosamente.

— Vi desde aquella ventana que llegabais, padre mío—contestó mintiendo el descarado truhán,— y me apresuré á salir para besaros la mano.

— Procedéis como quien sois—repuso D. Pedro secamente.

Y como al mismo tiempo sorprendiera una inquieta y rápida mirada del bastardo hacia el frontero callejón, miró él también y vió que Frunilda subía por la pendiente estrechura con su acostumbrada carga de agua, en tanto que el hortelano, sobre los bardales, miraba embelesado cómo se alejaba de él.

— Ved allí,—dijo entonces el Merino á su hijo;— ved allí los dos más honrados mozos que hay entre todos mis vasallos: he jurado protegerlos; y ¡ay del que turbe la felicidad de la hermosa y enamorada pareja!

Y después de este amenazante aviso, D. Pedro penetró con el bastardo en la torre.

ILDEFONSO LLORENTE FERNÁNDEZ

No todo lo pasado fué mejor.

Siempre ha sido y es muy agradable tener casa propia, y lo mismo antes que ahora, la que todavía se llama ó por lo menos se llamaba en nuestros tiempos finca-bilidad, ha sido excelente colocación de capital.

Pero los caseros— así se llamaban— de principios y aun de mediados del pasado siglo llevaban faena extraordinaria. Personalmente cobraban sus alquileres, personalmente seguían los juicios de desahucio y tenían que cuidar de los reparos y obras en sus casas, ocurriéndoles con la propiedad algo de lo que les ocurría á los progresistas de 1850 cuando era moda decir aquello de

Viva el Duque.... á la parada.
Viva el Duque.... á la Revista.
Mire usted, parece nada,
Y cansa el ser progresista.

Como GENTE VIEJA prospera en términos, que estamos ya pensando en hacernos casa propia— una cosa así como el edificio del *Blanco y Negro* visto con unos anteojos de teatro del revés— fuí á ver al constructor Don Antonio Feijóo y me encontré con algo tan curioso, que bien merece que nuestros suscriptores viejos lo conozcan y que los propietarios lo aprovechen.

Feijóo pertenece á una dinastía de trabajadores y de constructores; su padre y sus abuelos lo fueron ya, y aprovechando su capital y su crédito ha montado una empresa sumamente notable. Por contratos que celebra con los propietarios asegura el cobro de los alquileres, lo mismo cuando la finca está ocupada que cuando no; ha creado unas láminas con cupones, como el papel del Estado, láminas representativas del valor de las fincas y cupones que representan su alquiler, viniendo, por consecuencia, á movilizar el capital inmueble y logrando un resultado que parecía un mito, á saber: que todo inquilino pague á su casero, ó por mejor decir, que aunque no le pague, el casero no pierda el alquiler.

Aquí tienen ustedes un modernismo con el que á pesar de ser viejos, si fuéramos propietarios, estaríamos conformes.

Como además se encarga de hacer las reparaciones que los edificios necesitan, viene á ser una especie de salvaguardia de la propiedad, implantando una innovación que aquellos de nuestros suscriptores ó compradores que sean propietarios deben estudiar, visitando las oficinas de Feijóo, establecidas en la calle Mayor, núm. 63.

No todo ha de ser literatura: los intereses materiales, hasta para los viejos, tienen mucha importancia; y como el trabajo colectivo de las generaciones anteriores, que es en definitiva lo que constituye el progreso humano, cuando crea algo que mejora y abarata la vida, merece que la prensa se ocupen de él, GENTE VIEJA reconoce un adelanto en la combinación que he dado á conocer, progreso que con mucho gusto hago constar.

JOSÉ GONZÁLEZ.

MADRID.—Imprenta del Asilo de Huérfanos del S. C. de Jesús, Juan Bravo, 5.—Teléfono 2.198.